

Palabras preliminares a una antología

Las formas, las situaciones, los estados del agua: resulta obvio que es casi imposible tener del agua una imagen única y exclusiva. El agua es por definición, se diría, aquello que cambia sin cesar de estado o de naturaleza. No se nos ocurre pensar que el vaso de agua que tomamos en cualquier momento del día tiene la misma composición molecular que el agua de la lluvia, o que el agua del mar puede ser comparada a la que brota de una fuente en cualquier parque urbano. Y, sin embargo, hay algo que enlaza todos esos estados, todas esas situaciones casi incontables del agua: nuestra necesidad de ella, la dependencia absoluta que el ser humano tiene de un elemento que se ha vuelto consustancial a su propia existencia.

Cuando los amigos del Grupo Aguas me comentaron que deseaban incluir, en el libro que el lector tiene ahora entre sus manos, la versión que la poesía ha llegado a ofrecer a lo largo de los tiempos del agua y de su relación con nosotros —sus usuarios, pero también sus contempladores—, no pudo menos que desconcertarme la amplitud de lo solicitado. Resulta inabarcable, ciertamente, la versión que la poesía de todas las épocas ha mostrado de la realidad del agua o de las aguas, y no sólo de su realidad, sino también de las modulaciones que ella crea en la imaginación. De ahí que una antología sobre este tema se volviera una tarea no ya difícil, sino imposible, a no ser que se limitara el espacio temporal y se acotaran los motivos o los aspectos del agua que debían ser abordados de una manera u otra.

Por fortuna, los organizadores de este libro ya habían reflexionado sobre ello y se habían percatado de la dificultad aludida. Era preciso, en efecto, fijar un marco cronológico preciso —el último siglo— si se quería que cualquier propuesta sobre el modo en que el agua ha quedado reflejada en la palabra poética tuviera un mínimo de efectividad y permitiera percibir la belleza y la hondura del testimonio lírico. Limitación temporal, por un lado, pero también fijación precisa de perspectivas y aspectos. Sólo así el lector no naufragaría en la abundancia y la indiscriminación, y sabría calibrar la intensidad de unas cuantas interpretaciones del agua como prueba insustituible de lo que la poesía es capaz de ofrecer, sin duda, a la hora de abordar uno de los elementos centrales en la vida de los seres humanos y en el conjunto de la naturaleza.

Lo que podría llamarse la «articulación» de la antología de poemas sobre el agua que el lector tiene ahora ante sí es fruto de una detenida reflexión sobre los valores simbólicos, plásticos y semánticos de un elemento sin el cual nuestra vida sería muy distinta. «Todo

lo que el corazón desea puede reducirse siempre a la figura del agua», escribió hermosamente Paul Claudel. En efecto, fluida o helada, en un vaso o en un lago, en una fuente o en un río, en forma de lluvia o corriendo por los surcos o por las atarjeas, el agua parece adaptarse a todas las condiciones posibles de la materia (incluso a la del vapor) y, al mismo tiempo, a todas las formas en que puede concebirla la imaginación. En su admirable libro *El agua y los sueños*, Gaston Bachelard habla no solamente de «aguas superficiales» y «aguas profundas», de «aguas corrientes» y «aguas enamoradas», de un «agua maternal» y un «agua femenina», sino también de un «psiquismo hidratante» que recibe cada una de las imágenes que contienen las categorías anteriores y hace del agua uno de los elementos seminales —«agua fecundante», al fin— que presiden tanto nuestra percepción como nuestra vida imaginativa.

La poesía, en verdad, nos ha vuelto más conscientes de todos estos valores que impregnan nuestra imaginación y de los que, por lo común, no solemos percatarnos. Cualquiera de los poemas que aquí ofrezco habla, sin embargo, de modo muy explícito acerca de las aludidas categorías o modalidades del agua y acerca de su poder sobre nuestro psiquismo. Cuando Adán, en el poema de Vicente Huidobro, vio su rostro reflejado por vez primera en el agua, «creyó que el agua tenía manos». Es como si el poeta le concediera al agua atributos humanos para poder mantener con ella un cuerpo a cuerpo, como si no quisiera servirse de ella solamente para apagar su sed o regar sus campos. El agua cobra una entidad, una realidad que sobrepasa su puro ser y adquiere una «diferencia» que la singulariza entre las realidades de la naturaleza. Lo expresan, de otro modo, estos versos de Neruda:

El agua es diferente,
no tiene dirección sino hermosura,
corre por cada sueño de color,
toma lecciones claras
de la piedra
y en esos menesteres elabora
los deberes intactos de la espuma.

Que el agua «corre por cada sueño de color» ya lo había sugerido Baudelaire al afirmar que «el agua sueña...». El agua —dice por su parte el uruguayo Washington Benavides—

va «corriendo / piedra abajo, sueño arriba». Y el poeta concluye: «Ahora comprendo por qué / el hombre es casi todo pura agua». Una vez más, como había sintetizado Bachelard, los sueños configuran las formas del agua y la introducen en nuestro espíritu con una fuerza inusitada.

Pero también hay, sin duda, una moral del agua o, mejor dicho, una moral de su falta, de su necesidad, de su escasez. De ahí que José Emilio Pacheco haya imaginado que «el desierto es el fondo de un mar ausente», y que el desierto, la arena y el polvo no son sino el recuerdo de que «cuanto empezó en el agua terminará en la aridez que por nuestra locura se está adueñando de la tierra entera».

Entre los sueños de Pablo Neruda o Washington Benavides y las predicciones formuladas por José Emilio Pacheco hay todo un repertorio de formas, de estados y situaciones del agua que han quedado distribuidas en cinco apartados: «El agua, origen de la vida», «El agua contenida», «El agua desbordada», «El agua y sus reflejos» y «La ausencia del agua». Si en esta ocasión —por las razones arriba indicadas— hemos limitado la selección de poemas a la lengua castellana, también esos apartados quieren ordenar la multiplicidad de referencias y fijarlas, en la medida de lo posible, alrededor de unos cuantos motivos que pudieran no ya resumir, sino expresar la variedad y la heterogeneidad de nuestro tema. Es evidente, sin embargo, que esos «motivos» no pueden en modo alguno reducir aquella multiplicidad, de manera que los apartados referidos han de entenderse como conductores o canales por los que fluyen las aguas y sus mil estados. Por otra parte, las aguas se desbordan, sí, no admiten cauces ni orillas, y prefieren campar por sus respetos. Unos diques como «El agua y sus reflejos» o «El agua, origen de la vida» pueden, en realidad, alojar todos los poemas que tengan el agua como tema de canto o de meditación: todos ellos, sí, hablan de reflejos (de un chopo o del espíritu) y aluden de un modo u otro —cada uno a su manera— al origen de la vida. No deja de resultar significativo el hecho de que en la historia de la poesía existan muchos poemas que aluden alguna vez al agua, pero que no la tienen como tema principal; es como si el poder de impregnación de la imagen del agua fuera, en más de un sentido, irrenunciable. Sea cual sea el tema del que se hable, la situación que se cante, el agua puede —y suele— estar presente. Lo está, por ejemplo, cuando el poeta compara un concreto estado del espíritu con cualquier estado de las aguas, incluso cuando no tiene agua ninguna a la vista. ¿Por qué posee el agua ese poder de impregnación imaginativa, asociativa? Tal vez sea éste

uno de los «misterios» del agua a los que alude Emilio Prados en el poema suyo que aquí se recoge. Pero fijémonos sólo en estos versos:

 Mi canto también como el agua canta.
 En mi primavera, la nube gris baja
 hasta los rosales de mis esperanzas.

Juan Ramón Jiménez ha sabido *traducir*, en efecto, un estado del alma a un estado del agua. Los ejemplos podrían multiplicarse, y no siempre con aguas abundantes: «Un solo vaso de agua aclara el mundo», dice Jean Cocteau. El poema de Jorge Guillén —«Vaso de agua»— lo prueba sobradamente.

Valgan estas breves notas, en fin, para agradecer al Grupo Aguas su invitación a preparar esta antología, que me ha permitido profundizar un poco en un motivo consustancial a la poesía y aun, diría, simbólica o metafóricamente inseparable de ella.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA
Tegueste, Tenerife, 14 de noviembre de 2012



Andrés Sánchez Robayna